

## Presentación

Los treinta y tres centímetros de granito que pesan sobre la sepultura de José Ortega y Gasset no han comprometido la vitalidad de su pensamiento. Antes bien, se ha dicho que el tiempo ha jugado a su favor. Y acaso sólo hoy goza su figura de una buena prensa comparable a la que tuvo en sus años de mayor prestigio.

La mirada filosófica, sin embargo, no acierta a apaciguarse con las creencias de la popularidad. Asistimos desde hace pocos años a un renacer de los estudios orteguianos que ensaya nuevas vías de comprensión del pensador madrileño y de diálogo con otras ideas del panorama contemporáneo. Se reconoce sin disputa el papel de Ortega como embajador de la cultura en nuestro país y su repercusión social. Pero no se desdeñan interrogantes sobre su persona y su obra.

Uno de esos interrogantes viene de lejos y concierne a la medida filosófica de Ortega. Ya no se celebra fácilmente la broma que lo entronizaba como filósofo primero de España y quinto de Alemania. Desde un acercamiento imparcial también parece matizable la opinión que lo erige en principal filósofo español del siglo xx. Pero es que, además, se sigue preguntando en círculos académicos si Ortega puede ser considerado o no un filósofo. Bien es cierto que habría que aquilatar muy bien los criterios con que se pretende dilucidarlo, no fuera a ser que dejasen fuera de ese ilustre palmarés a personajes como Sócrates, que no dejó ninguna gran obra sistemática a la posteridad.

Los estudios sobre las fuentes del pensamiento de Ortega no están agotados. Ni mucho menos los que cabe esperar sobre su influencia en discípulos –aunque no sean orteguianos– de tanta talla como Zubiri. Tampoco la fecundidad de los conceptos de Ortega y su virtualidad de confrontación con otras formas de pensamiento han sido del todo tratadas. Poner en relación los conceptos de ensimismamiento y alteración, por ejemplo, con nociones que la escolástica expuso con un estilo literario y un rigor distintos exige creatividad y conocimiento de causa. En tal caso no se pretende buscar fuentes ni influencias, sino ver si al final, por distintos caminos, se llega a una misma verdad por modesta que ella sea.

Así como Ortega recusaba la beatería de lo griego, así la efemérides del cincuentenario de su muerte no puede resolverse en puras declaraciones reverenciales. Y cualquier tentativa de pensar a Ortega hoy en España habrá de preguntarse inaplazablemente por el valor «salvífico» de la filosofía en una situación en la que la «creencia» patria hace tiempo que ha cristalizado como «idea» con la que no todos cuentan.

José Luis Caballero Bono